

mendada ahora á la custodia de Juan: *erant omnes discipuli pariter in eodem loco*. No hubo la menor disensión en esos diez días de espiritual retiro; ni un pensamiento, ni una palabra, que no fuesen santos, vinieron á turbar aquella perfecta conformidad de ánimos y de corazones, que San Lucas nos revela con enérgica palabra, que la versión ordinaria no ha podido expresar con toda su fuerza (*ὁμοθυμαδὸν*).

En medio de aquel piadoso silencio, de aquella perfecta calma, que reinaba imperturbable, así en los elementos como en los pechos de los piadosos discípulos, hé aquí que de repente resuena furibundo estallido, que la lengua humana no tiene con que comparar. ¿Habéis presenciado, por ventura, alguna de esas grandes batallas en que centenares de baterías vomitan al mismo tiempo su mortífero fuego con horrible fragor? ¿Os ha tocado, por acaso, el hallaros cerca de algún castillo que la casualidad, ó el despecho de los vencidos, hace de súbito volar por los aires, encendiéndose en un instante la pólvora inflamable que hinche sus almacenes? ¿Os habéis encontrado en alguna de aquellas tormentas, tan frecuentes en nuestras regiones tropicales, en que los truenos y relámpagos se suceden unos á otros sin interrupción, y sopla el huracán con fragoroso silbo y fuerza irresistible, derribando palacios y chozas, árboles y plantas, haciendo salir á los ríos de madre, y convirtiendo las olas del océano en líquidas montañas que invaden hasta la tierra firme, y arrojan sobre ella lanchas y bajeles? Pues todo eso os podría dar apenas una idea harto débil del inexplicable estruendo con que anunció su venida el Espíritu del Señor. *Et factus est repente de*

caelo sonus tanquam advenientis spiritus vehementis. Se estremecieron los muros de Jerusalén, retemblaron hasta los cimientos las casas de la Ciudad Santa, los cordajes y lonas de las tiendas, que guarecían extramuros á mil piadosos peregrinos, crujieron y se desgarraron. General fué la alarma; y hombres, y mujeres, y niños, acudieron en tropel de todos lados al lugar de donde había salido aquel trueno espantoso, al rumbo de donde viniera el horrísono vendaval.

Entretanto, el viento celeste había llenado la casa toda en que se hallaban los discípulos congregados en santa oración; pero ni el trueno les infundió espanto, ni los agitó el huracán, ni los aterrorizó la lumbré celeste, que no á guisa de relámpago pasajero, sino en forma de lenguas de fuego permanentes, descendió sobre los Apóstoles y discípulos, sobre la Virgen Santísima y las piadosas mujeres. ¡Bendito seas, Divino Espíritu, que con estas señales exteriores, con el viento vehemente que llena todos los ángulos y retretes de la casa, con el estruendo que se escucha por toda la ciudad, con las lenguas de fuego que se distribuyen, y se colocan, y se asientan sobre la cabeza de cada una de aquellas afortunadas creaturas, nos has querido significar la plenitud de tus gracias, la abundancia de tus dones, la vehemencia con que llenaste aquellas almas, dejándolas rebosando de carismas y espirituales delicias. *Et replevit totam domum ubi erant sedentes. Et apparuerunt illis dispertitæ linguæ tanquam ignis, seditque supra singulos eorum*.

Antes de investigar las causas del ruidoso prodigio, mezclémonos con la multitud y acudamos á contemplar

los nunca vistos fenómenos. No está ya el pueblo judío en aquella absoluta incomunicación, aquel completo aislamiento de todas las naciones en que antes se hallaba. Sujeto á la dominación Romana, no tan sólo habitan en la ciudad santa los soldados, jueces, gobernadores y oficiales de alta y baja categoría, que manda el César desde la metrópli del mundo, sino que la visitan multitud de extranjeros. Unos se han convertido á la ley de Moisés, y quieren satisfacer su piedad, adorando en el gran Templo y venerando el Sancta Sanctorum: *Judæi quoque et proselyti, viri religiosi*. Otros han venido tan sólo atraídos por la curiosidad ó por negocios mercantiles, y pertenecen á pueblos lejanos y enemigos acérrimos de la raza judaica. Recorren, por tanto, las estrechas calles de la ciudad santa forasteros de Partia y de Mesopotamia, de Egipto y de Capadocia, de Frigia y de Panfilia. Oímos hablar en derredor nuestro las lenguas más variadas y más extrañas. Ya se escucha el sonoro lenguaje de los colonos griegos de Cirene; ya hierne nuestros oídos el gutural dialecto de los árabes; por acá discurren rudamente algunos medos y elamitas; más allá confabulan en alta voz en el pulido idioma latino los soldados de la guarnición. Entre la muchedumbre que acude á ver el prodigio, es fácil reconocer á algunos de los Escribas y Fariseos, de los Sacerdotes y Doctores de la ley que asistieron hace cincuenta días al sangriento espectáculo del Gólgota, y que aún no vuelven en sí del terror que les causara su propio crimen, y el terremoto y las tinieblas del tremendo día. Entre varias personas que nos son conocidas por haber figurado tristemente en el drama de la Pasión, descubrimos sin dificultad al criado del

Pontífice á quien fué cortada la oreja en el huerto, al pariente de éste que reconoció á Pedro calentándose á la lumbre, y á la doncella cuya indiscreta pregunta ocasionó la primera negación del Apóstol. ¡Cuál es la sorpresa de éstos y de toda la muchedumbre, al ver que sale á arengar al pueblo aquel hombre, pescador de Galilea, ignorante y rudo, débil y cobarde!

Contemplémosle también nosotros, Hijos míos, y participemos del estupor de la multitud. ¡Él es, él es! Ved esa túnica burda que lo cubre, y que con tanta facilidad le hemos visto quitarse y ponerse, cuando lanzaba sus redes y atracaba su barca en el lago de Genezaret. Suyo es ese rostro de toscas facciones, esa barba desaliñada, esa cabellera entrecana que ningún perfume romano ha ungido jamás. Pero ¡cuán otra su fisonomía de la que hemos acostumbrado contemplar, ya en el mar de Tiberiades, ya en Betania ó Betsaida, ora en el huerto de las Olivas, ora en el atrio de tristes recuerdos de la casa del Pontífice! Rayos despide su ardiente mirada, vibra su voz dulce y sonora, es su ademán gallardo y majestuoso, y tiene su andar no sé qué de sobrehumano que hace á los gentiles que lo miran tomarle por una divinidad. Empieza á hablar, y arroba de tal modo á su auditorio, que quedan todos pendientes de sus labios, temerosos de interrumpirle hasta con la respiración.

¿Qué es lo que dice este hombre extraordinario, para cautivarse de tal suerte la atención general? ¿En qué idioma se dirige á la multitud, que todos le entienden, á pesar de haber venido de cuantas naciones hay bajo del cielo, *ex omni natione quæ sub cælo est?* Lisonjea sin duda las pasiones de la turba, para que tan atentamente le

escuchen; quizá les dirige palabras de consuelo que aligeren el enorme peso que grava la conciencia del pueblo judío, por la muerte del Justo que va á hacer dos meses que condenaron á muerte afrentosa. Escuchemos, escuchemos su discurso:

“Moradores de Jerusalén: vosotros mismos sois los que disteis muerte á Jesús Nazareno, hombre autorizado por Dios á vuestros ojos con los milagros y maravillas que por medio de él ha hecho entre vosotros, como todos sabéis. A este Jesús, dejado á vuestro arbitrio por una orden expresa de Dios y decreto de su presciencia, es á quien habéis hecho morir alevosamente, clavándole en la cruz por mano de los impíos; habéis muerto al autor mismo de la vida, y habéis despreciado y negado al Santo del Señor. Sabed, pues, que Dios ha resucitado á su Hijo, librándolo de los dolores y ataduras de la muerte, de lo que todos nosotros somos testigos. Persuádase, por tanto, todo Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo á este mismo Jesús.”

Tal es el discurso de Pedro; y aunque increpa á la multitud, aunque hiere sus más vivos sentimientos, aunque toca sus fibras más delicadas, la muchedumbre no se subleva, sino antes bien queda subyugada, dominada, vencida, y por millares se cuentan las conversiones de ese día. Los otros once Apóstoles, los discípulos todos, predicán igualmente y obtienen idénticos triunfos. Si hablan á un auditorio mixto, aunque le dirijan la palabra en su propio dialecto siro-caldaico, todos les entienden como si á cada uno les hablaran su idioma; si encuentran á un grupo de romanos, les arengan en la lengua del Lacio, si á Cireneos ó cretenses, en los dialectos de Gre-

cia que son usuales en la tierra que los vió nacer. No los amedrenta la presencia de los jefes romanos ni de los Príncipes de los Sacerdotes; los que antes huyeron, ahora se muestran intrépidos; los que antes eran rudos é ignorantes, ahora despliegan una elocuencia irresistible. Ya que hemos contemplado los fenómenos, investiguemos ahora la causa sobrehumana y oculta de tan maravillosa transformación.

II

El Profeta Joel, al anunciar por orden de Dios, al pueblo israelítico las calamidades que le amenazaban, mitigó su angustia, prometiéndoles al Espíritu Consolador. "Derramaré mi espíritu (dijo en nombre del Señor) sobre toda carne: y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas: vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y aun también sobre mis siervos y siervas en aquellos días derramaré mi espíritu. *Effundam spiritum meum super omnem carnem: et prophetabunt filii vestri, et filiae vestrae: senes vestri somnia somniabunt et juvenes vestri visiones videbunt. Sed et super servos meos et ancillas in diebus illis effundam spiritum meum.*" Ese mismo espíritu de sabiduría y de entendimiento, de consejo y de fortaleza, de ciencia y de piedad y de temor del Señor, es el Paráclito, el Consolador que tantas veces prometió Jesucristo enviar á sus Apóstoles. "El Consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho. *Paraclitus autem Spiritus Sanctus quem mittet Pater in nomine meo, ille*

vos docebit omnia, et suggeret vobis omnia, quaecumque dixerit vobis." (JOAN. XIV, 26.)

Estas profecías, estas promesas han tenido hoy su pleno cumplimiento. Ese Espíritu Santo, igual al Padre y al Hijo y procedente de ambos; increado como ellos, inmenso, eterno, todopoderoso, Dios y Señor como ellos, según la expresión de San Atanasio en su símbolo, se ha dignado bajar sobre la Iglesia naciente, y en ella residirá hasta la consumación de los siglos.

El dón de lenguas es el primero que resplandece en los Apóstoles; poco después empiezan á obrar todo linaje de milagros en el nombre de Cristo Jesús. Luego se dividen el mundo en diversas provincias adonde toca respectivamente á cada uno llevar el estandarte de la fé, y plantar el árbol de la Cruz, regándolo con su propia sangre, derramada por manos inicuas. Imposible sería decir en cuál de aquellos doce varones resplandece con mayor brillo el dón de la sabiduría ó del entendimiento, de la ciencia ó del consejo. Fuerte se muestra Santiago dando su vida por Jesús, en la misma Jerusalén que vió morir á su Maestro. Fuerte es Andrés predicando el Evangelio por tres días desde la cruz á que lo han enclavado; fuerte Bartolomé viendo impassible que le arrancan la piel que por tantos años había guardado su cuerpo. Grande es la fortaleza de Juan dejándose arrojar en la caldera de aceite hirviendo, y sufriendo en sus últimos años penoso destierro en la isla de Patmos. Con doble esplendor brilla el dón de la fortaleza en el Príncipe del Apostólico Senado, que confirma la fé de sus hermanos, y da testimonio de la propia delante de los tiranos y perseguidores; que eleva su trono

frente al mismo trono del César; que no se abate ni aun en aquella prisión Mamertina que quebrantó el ánimo del mismo Yugurta; que espira por último en la cumbre del Janículo, ufano, satisfecho, contento de haber sellado con su sangre la gloriosa misión que le confiara el Hijo de Dios.

Murieron los Apóstoles; pero el Divino Espíritu, que había transformado á aquellos rudos é ignorantes pescadores en sabios varones, profundísimos filósofos y esforzados atletas, continúa viviendo en la Iglesia, y no la desampara ni la desamparará hasta la consumación de los siglos. Él la provee de Obispos y predicadores, de pastores y doctores; él desciende sobre sacerdotes y fieles, y les comunica sus dones y gracias, con menos estrépito, pero no con menos eficacia que en el principio. Él reside en su augusta Cabeza, y la alienta y la confirma en las grandes luchas y reñidas batallas. Él, que sopla donde quiere, *spiritus ubi vult spirat*, se aparta como en los tiempos que precedieron al diluvio, de aquellas regiones en que todo es carne y en que predomina el espíritu mundano, y deja sentir su suavísimo aliento en aquellas tierras vírgenes que no ponen obstáculo á su influjo bienhechor.

¿Se apartará de nosotros, ó permanecerá todavía en nuestro suelo? De nuestro comportamiento depende, Hijos míos. Yo sólo os diré que no hay que desconfiar del triunfo de la Iglesia, aunque los medios que vemos en derredor nos parezcan insuficientes. Rudos, débiles, imperfectos, sin santidad, sin virtud, somos, por desgracia, los ministros del Señor á que os ha tocado la desventura de estar sujetos en lo espiritual. Imperfectos también,

y rudos, y cobardes, y débiles eran los primeros Apóstoles; y sin embargo, de ellos se sirvió el Divino Espíritu para convertir al universo. Terrible es la impiedad que reina en derredor; el vicio, la irreligión, la incredulidad han asentado sus reales en todos los ángulos del mundo, y hacen una guerra sin tregua á Jesucristo y á sus discípulos. Es verdad; pero más encarnizada fué la guerra al principio; el reino de Satanás se encontraba más sólidamente establecido; el crimen estaba divinizado; la impiedad tenía más profundas raíces. Y sin embargo, Cristo triunfó, el cetro del príncipe de las tinieblas se hizo pedazos, el Espíritu Santo creó nuevos corazones, y vino á morar como Rey y Señor sobre la tierra.

¡Ah! Roguémosle que no se aleje de nosotros, que guarde la difícil conquista de nuestras almas, que no permita que se manchen jamás estos pechos que ha consagrado como templos vivos para su excelsa Divinidad. *Veni Sancte Spiritus, et emitte caelitus lucis tuae radium.* Así sea.

